



Domingo XIX
del Tiempo Ordinario -Ciclo B
8 de agosto de 2021



I. NOTAS EXEGÉTICAS

1 Reyes 19,4-8

El profeta Elías, cuyo nombre significa “mi Dios es YHWH”, fue un profeta del siglo IX a.C., que predicó en el Reino del Norte, más concretamente en su capital, Samaria, en la época del rey Ajab. Fue amigo íntimo de Dios y defensor acérrimo del yahvismo, amenazado por el culto a Baal, dios cananeo de la lluvia y la prosperidad. No escribió nada, pero influyó poderosamente en el pueblo de Israel con su predicación, de modo que sus memorias quedaron registradas en el “ciclo de Elías” (1Re 17,1-2Re 1-18). Elías realizó su ministerio solo, porque Jezabel, la mujer de Baal, había perseguido y asesinado a casi todos los profetas de YHWH para difundir el culto a Baal.

Para entender este texto, versión abreviada de 1Re 19,1-8 (la huida de Elías), hay que situarlo en el contexto. En el episodio anterior, Elías retó a los 450 profetas de Baal en el monte Carmelo, cada uno invocaría a su respectivo dios (1Re 18,20-40). Se trataba de mostrar a Israel cuál era el dios verdadero, si Baal o YHWH. Elías invocó a YHWH, que envió fuego del cielo que consumió la víctima y el altar. Tras ganar la apuesta, Elías degolló a los 450 profetas de Baal en el torrente Quisón; esto desató la furia de Jezabel, que juró aniquilar al profeta. Elías siente miedo y huye hacia el monte Horeb, donde Dios se manifestó a Moisés.

Elías está agotado física y psicológicamente tratando de convencer a Israel de que el único Dios es YHWH. Experimentó una fuerte crisis que le hizo desearse la muerte. Dios envía a su ángel para reconfortarlo con el pan, el agua y su palabra, Elías prosigue su camino y en el monte Horeb se encuentra con Dios, que renovará su misión profética.

Salmo 34, 2-9

Un salmo alfabético atribuido a David. Cuando, fingiéndose loco ante Abimélec, este lo expulsó y él se marchó. Los humildes (34,3) son invitados a dar gracias a Dios, porque el Señor los protege (34,7); el ángel del Señor los rodea para que nadie los ataque (34,8), y nunca carecen de nada (34,11). (Comentario de la *Biblia de la Iglesia en América*).

Efesios 4,30-5,2

Esta perícopa forma parte de la sección exhortativa de la carta a los Efesios (4,1-6,20). Nuestro fragmento forma parte de 4,25-5,5, donde Pablo describe las exigencias de una vida cristiana guiada por el Espíritu Santo. Después de referirse a los hebreos que se rebelaron contra Dios y entristecieron su santo espíritu (Is 63,1), exhorta a los cristianos a no proceder como ellos. Pablo describe la incredulidad y el pecado con un elenco de cinco vicios que dañan la relación con el



prójimo: amargura, ira, enfados, insultos y toda maldad. A estos vicios se contraponen una serie de virtudes centradas en el amor: bondad, compasión, perdón, virtudes que caracterizan al "hombre nuevo", cuyo ideal es imitar y reflejar en su vida a Cristo.

Juan 6,41-51

Continúa otro fragmento del discurso del pan de vida de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, cuya introducción escuchamos el domingo pasado. Jesús los invitaba a no preocuparse tanto por el pan material como por el pan espiritual que Jesús les daría si creían en Él como el enviado de Dios, un pan capaz de saciarlos integralmente. Hoy destaca principalmente la actitud negativa de aquellos que se resistían a creer.

El texto se puede dividir en tres partes, que reflejan muy bien la argumentación de Jesús: vv. 41-42 (crítica de la gente), vv. 43-47 (digresión sobre la fe), vv. 48-51 (se retoma el tema central: Jesús, pan de vida).

A los judíos les pareció absurdo que Jesús dijera que "ha bajado del cielo", ya que les parecía un hombre común. En el fondo el evangelista utiliza este episodio para refutar a algunos cristianos disidentes de su comunidad que no aceptaban la divinidad de Jesús; solo lo consideraban como un hombre extraordinario, pero nada más. Los judíos, por su parte, presumían conocer su origen y su familia.

Jesús en vez de responderles directamente, se aparta un poco del discurso para hablarles sobre la fe que significa dejarse instruir por Dios Padre para poder aceptar a Jesús; solo quien acoge esta enseñanza puede creer en Jesús. Esto pone en evidencia la incredulidad de los oyentes.

Finalmente, Jesús retoma el hilo del discurso, cuyas ideas principales son: Jesús es el verdadero pan que nos da Dios Padre; es un pan "bajado del cielo"; un pan que comunica la vida divina a la humanidad. Con la última frase empieza la explicación definitiva: "el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (v. 51). La palabra "carne" es un hebraísmo que indica la totalidad de la persona y aquí se debe entender en sentido sacramental; es decir, la forma de acoger plenamente a Jesús pan de vida es la comunión eucarística.



II. PISTAS HOMILÉTICAS

Todos nosotros experimentamos la fatiga por las adversidades de la vida, la lucha contra el pecado y el mal, lo difícil que resulta sostener el duro combate de la fe, etc. Con frecuencia sentimos ganas de “tirar la toalla” porque ya no podemos más. Nos llegan momentos de crisis y abatimiento, y como Elías nos echamos debajo de la retama del pesimismo. Podemos caer en una profunda depresión. Eso muestra que no bastan las fuerzas humanas para enfrentar todo lo que la vida nos depara.

Pero no estamos solos como habíamos pensado en medio de la crisis. Dios se manifiesta a nuestro lado como compañía fiel y ayuda segura, así como hizo con Elías en el desierto, y nos ofrece el pan, el agua y su palabra, que nos renuevan, porque el camino de la vida cristiana es superior a nuestras fuerzas. Dios Padre nos atrae hacia Jesús para que lo reconozcamos como el “pan vivo bajado del cielo” capaz de dar la vida divina a quien lo acoge con fe. En la Santa Misa recibimos al Señor en el Pan de la Palabra y en el Pan de la Eucaristía y Él viene a vivir en nosotros para restaurarnos interiormente y darnos la fuerza de vivir cada día como hombres y mujeres nuevos que se dejan conducir por el Espíritu y viven un estilo de vida distinto inspirados en los valores y en las virtudes que Cristo nos enseña en el Evangelio y de los que hoy nos habla San Pablo.

La fe nos permite percibir esa presencia amiga y favorable de Cristo que no nos abandona y nos asegura que estará con nosotros todos los días de nuestra vida. La Eucaristía es el viático que necesitamos para poder llegar a la meta del encuentro definitivo con Dios en el ocaso de nuestra vida.

Recibir a Cristo en la Eucaristía nos compromete también a solidarizarnos con tantos hermanos nuestros a nuestro lado que se sienten desfallecer. Así como Dios envió su ángel a reconfortar al profeta Elías, Dios también nos envía a ayudar a los que están sin aliento, a socorrer a todo aquel que necesita un apoyo para seguir avanzando. La vida cristiana es un camino que no se recorre en solitario sino en comunidad, ayudándonos mutuamente a llevar las cargas.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La Palabra del Señor ilumina nuestro camino y renueva nuestras fuerzas cuando nos sentimos extenuados por los desafíos y dificultades de la vida. Hoy el Señor nos invita a reconocerlo peregrinando fielmente a nuestro lado y a acogerlo mediante la fe como nuestro Salvador. De ello depende que nuestra vida se transforme en algo nuevo y dejemos atrás el lastre que nos impide seguir a Cristo para vivir con sus sentimientos y actitudes. Escuchemos con fe la Palabra de Dios.

ORACIÓN DE LOS FIELES

PRESIDENTE:

Hermanos: oremos a Dios, que está cerca de los que lo invocan sinceramente y es capaz de dar vida y fortaleza a todos sus hijos. Digámosle con confianza filial:

Todos: Padre bueno, ten piedad y escúchanos.

1. Por el Papa Francisco, por nuestros obispos y sacerdotes, para que el Señor los sostenga en su ministerio y los conforte en las tribulaciones.
2. Por todos los pueblos del mundo, para que nunca les falte el alimento del cuerpo y siempre puedan recibir también el alimento del alma.
3. Por todos los que andan alejados de Cristo y su Iglesia, para que el mensaje del Evangelio de hoy los motive a retornar a la Casa del Padre.
4. Por todos los enfermos y sus familiares, por quienes se sienten abatidos y han perdido el sentido de la existencia, para que el Señor se manifieste en sus vidas, les restablezca la salud y renueve en ellos la Fe y la Esperanza.
5. Por todos los niños y jóvenes que han reanudado sus estudios del segundo semestre, para que crezcan en sabiduría y en humanidad, y tengan siempre presente al Señor en sus vidas.
6. Por todos los que participamos de la Eucaristía en el mundo entero, para que nos sintamos unidos como hermanos y al salir de la celebración vivamos como verdaderos hijos de Dios, solidarizándonos con todos los que sufren.

PRESIDENTE:

Padre santo, tú que eres compasivo y misericordioso y estás cerca de todos los que te suplican, apiádate de nosotros y socórrenos en nuestras necesidades. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.